

LA FELICIDAD DEL PENSAMIENTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Todos buscan la felicidad. Nadie la encuentra: la razon de este fenómeno. El hombre no impera mas que en si mismo. Su pensamiento es la norma del gozo ó tristeza de su alma. Ejemplos que confirman esta verdad.

Los hombres vuelan siempre anhelantes en busca de la felicidad, y no la encuentran. Hé aquí dos verdades, que conocen y confiesan todos y de las cuales están íntimamente penetrados. En cuanto al modo de expresarse acerca de ellas hay divergencia, mas no la hay en el íntimo convencimiento que producen de una manera experimental. ¿No es evidente que los moradores de este valle de lágrimas se afanan por hallar una fugitiva bienandanza? ¿No es indisputable que esta burla perennemente sus perpétuos deseos? Unos la buscan

en los honores para ostentar condecoraciones brillantes, que á su juicio los enaltecen, otros en las riquezas deslumbradoras, con las cuales juzgan satisfacer su ánsia insaciable, estos en una gloria aérea que los alimenta de lisonjeras adulaciones, aquellos en los deleites de los sentidos, ante los cuales profanan la dignidad de su naturaleza humillándola con baja servidumbre; y ni los unos, ni los otros, ni estos, ni aquellos la encuentran, porque esas cosas donde la buscan son como magníficos sepulcros, que por de fuera están hablando de grandezas humanas y por dentro predicán desengaños.

Además, Dios ha reducido el dominio del hombre á un círculo muy estrecho, al de sí mismo. Esta libertad de que gozamos individualmente para manejarnos y obrar, la gozan también otros, lo cual unido con otras mil circunstancias hace que nuestro reino en este mundo sea muy limitado y combatido por la acción mas ó menos directa de otros pareceres é intereses contrarios á los nuestros. Reinaríamos sobre un montoncito de espinas. ¿Y será este el reino que nos ha dado la divina Providencia? Esta sublime reguladora del universo nos confía solo el gobierno de nosotros

mismos. Extralimitarnos con ambición conquistadora es hacer que arda en guerras y tempestades continuas nuestra propia comarca. Cifñámonos al campo de nuestro heredamiento, que es nuestra alma, cuyo fruto y ocupación incesante es pensar. He aquí nuestra cosecha de siempre. Buena ó mala, ella es la que nos alimenta de amargura ó de alegría.

Sí; el pensamiento decide del hombre, le reviste de lo que él es, le transforma en lo que él es. Si mi pensamiento está envuelto en sombras de melancolía profunda, todo yo estoy sumergido en un espantoso abismo de negrísima tristeza y lúgubre desolación. Mi corazón está siempre del color de mi pensamiento: si este brilla, aquel resplandece con su luz de regocijo; si este se cubre de tinieblas, aquel cae en la lobreguez de una tumba cerrada. El célebre filósofo que dijo: «Yo pienso, luego existo,» manifestó que en el pensamiento está todo el hombre, aunque al expresarse de tal suerte no era ese su propósito.

En efecto, consiste en el pensamiento lo esencial de la vida, pues determina y califica el estado del alma. Aunque los sentidos gocen del exquisito aroma de las flores, de la vista

deliciosa de bellísimas cascadas y jardines y de la melíflua dulzura de ricas frutas cogidas de las mismas ramas de los árboles, si el pensamiento es melancólico, todo el hombre está gimiendo bajo el peso de abrumadora melancolía. Horacio dice con verdad que los cuidados van asidos del que cabalga en arrogante corcel y que revuelan por los techos artesonados. ¡Cuántos y cuán amargos se sientan sobre las gradas del trono!

Por el contrario, si el pensamiento es alegre, goza el alma aun en medio de los tormentos del cuerpo. En lo mas reñido del combate ve el intrépido general correr su sangre al golpe del acero enemigo; pero los escuadrones del opuesto bando no pueden resistir al ímpetu con que los acuchilla, y volviendo la espalda, huyen desordenadamente, y el dolor de su herida como que se pierde en el piélago de gozo que le inunda el corazón por el triunfo de su vivificadora heroicidad. Á los mártires de Jesucristo se les desgarran las carnes con atroces garfios de hierro; y ellos fortalecidos por una gracia extraordinaria, con la certidumbre de que van á convertirse sus crueles padecimientos de un momento á otro en

delicias inefables de gloria eterna, extasiados en el amor de su Dios en medio de sus aterradoros suplicios muéstranse enajenados de admirable alegría.

CAPÍTULO II.

Se demuestra que la felicidad depende del pensamiento. Por qué son infelices los que el mundo cree dichosos. La teoría acorde con la práctica del género humano acerca de que el pensamiento es el agente del mal y del bien.

Que la posible felicidad en este mundo dependa del pensamiento lo prueba la experiencia de lo que pasa con los que vulgarmente se llaman genios frescos, los cuales parece que no sienten las desgracias, en cuyos férreos brazos se hallan aprisionados. ¿Pero en qué consiste un genio fresco sino en cierta costumbre de no pensar, de no fijar la atención en sus propios padecimientos ó en las desventuras que le rodean, y en preferir las ideas graciosas ó risueñas y en sacar partido para

divertirse del buen humor de los otros y de cuanto ocurre en el día? No hay duda en que la sensibilidad es patrimonio de todos los hombres; luego el no experimentarla igualmente, nace de que algunos no quieren ejercitarla fijándose en ideas tristes.

Obsérvase lo contrario en otros magnates opulentos, á quienes halaga la fortuna, el mundo quema incienso, y la mas completa salud mantiene con robustez y lozanía; se entregan á la tristeza y se hacen sus víctimas. Esta especie de fenómeno, que admira á los que tienen conocimiento de él, es muy frecuente, pero de fácil explicacion. Claro es que en la vida humana las satisfacciones no campean solas, y que aun donde mas abundan, por algun resquicio asoma la cabeza el torvo desconsuelo; y sucede que en él se fija el pensamiento del potentado, á quien se tiene por dichoso y á quien todo adula lisonjeramente; mas para su fantasía, su opulencia y sus grandezas, sus muelles comodidades y sus regalos, su envidiado bienestar y cuanto posee mas digno de estimacion entre los hombres son como si no existieran: los ha echado en olvido para atender tan solo á la única causa de su

pesadumbre. Tomó el medio de renunciar á todo bien por abrazarse con el amargo dolor. Tal es el malaventurado uso, que se hace de la libertad de pensar.

Bien pudiera decirse que el género humano está convencido de que en el pensamiento, ó sea en el punto en que este se fija, se halla el remedio ó al menos el lenitivo de todos los males y angustias que se padecen en esta vida sembrada de dolores, pues se oye con frecuencia que se dirigen al atribulado estas ó semejantes palabras: «Distráigase V. No piense V. en eso. No cavile V. sobre eso. Aleje V. de sí ese pensamiento: piense V. en otra cosa.» Tales son los consejos que se dan, tales son los remedios que se propinan á los que tienen el ánimo abatido y enfermo porque los persigue, porque los acosa, porque los hierre, porque los despedaza de dolor, porque los envenena con mortífera amargura, porque los pone en agonías de espíritu un pensamiento desolador. Esto prueba que es general la persuasion de que el agente del mal es el pensamiento y de que este mismo es el agente del bien con solo variar su objeto. Por variarlo, tomándolo como medicina, se sale al campo,

se va de visita, se huye de la soledad, se coge un libro ameno, y hasta se emprenden viajes á remotos países para disipar la pena, es decir, para que en la mente se introduzcan nuevas ideas, que ocupen el lugar de la que affigia dominando con inexorable crueldad. De manera que se hallan acordes la teoría y la práctica de los hombres ilustrados é ignorantes de todas las condiciones y edades en reconocer en globo la importantísima verdad que vengo demostrando.

CAPÍTULO III.

Lo que no basta en las ciencias y en las artes. Ejemplos. No basta saber en general que se debe huir de los pensamientos tristes. Qué clase de pensamientos suelen analizarse. Un beneficio que hace la Religion á nuestra mente. Propósito del Autor de esta obra.

Para sacar fruto provechoso de una verdad, de un arte, de una ciencia no basta saber acerca de la materia una palabra genérica;

así por ejemplo en la guerra nada se adelanta con saber que la victoria consiste en derrotar á los enemigos; ni los niños ni las mujeres lo ignoran, y sin embargo aquellos y estas son inútiles para el caso. También lo son los mismos soldados, y hasta los oficiales que han aprendido y cumplen la ordenanza, están diestros en mandar sus compañías y se han hallado en otras muchas acciones; algo mas es preciso; para formar el plan de una batalla, elegir las posiciones, distribuir los cuerpos en los puntos mas convenientes, dirigir con acierto las tres armas de infantería, artillería y caballería de modo que no se estorben y se auxilién recíprocamente, prever los movimientos del enemigo, ó en vista de ellos dar nuevas órdenes improvisadas se requieren los conocimientos y la experiencia de un buen general. ¿Habrà quién ignore que los versos se hacen escribiendo renglones de igual número de sílabas y terminándolos en consonantes, que conciertan entre sí? ¿Y los que solo esto saben son poetas? ¿Pueden componer media docena de versos, que merezcan el nombre de tales? Claro es que no. Pero todavía voy á presentar otro ejemplo, en que mi idea se hace mas pal-

pable. Es cosa muy sabida que las tercianas se curan con quina. En una casa en que hay nueve personas de buena razon, una de ellas es acometida de aquella enfermedad. ¿Se le da quina? No. ¿La pide el enfermo? No. ¿Alguno de los ocho de su familia se atreve á proponerle que la tome? No. Sin embargo todos se hallan de acuerdo en que cuando venga el médico ha de recetar quina. Ni sirve tener una receta antigua de esta medicina; menester es que señale el facultativo la dosis y las horas en que debe tomarse, y que las varie y disminuya ó aumente la cantidad segun las subidas ó atenuaciones de la calentura, su duracion y el tiempo en que se esconde, concediendo al paciente una pequeña trégua.

Sucede lo mismo con el asunto que me ocupa: se conoce en general que son nocivos los pensamientos tristes, y se desea huir de los fastidiosos é impertinentes; pero no sé que se haya escrito sobre los medios de conseguirlo, ni sobre las precauciones de buen orden que debe reinar en la interior república de la mente para alejar de ella, en lo posible, las calamidades que le son propias, intentando proporcionarle una apacible felicidad. No se examina

este punto, ni se medita en su importancia, ni se hace caso de él, ni se recuerda que está en nuestro poder la llave de un tesoro de inapreciable dicha desconocida á los mismos que pudieran gozarla. Así está el pensamiento fluctuando entre borrascosas sirtes, como una nave sin timon impelida por contrarios vientos y ondulando en medio del mar alborotado, que la combate de continuo, y la eleva ó la sumerge al rudo empuje de sus ondas azotadoras.

Y no es decir que no se analicen los pensamientos algunas veces; pero si bien se observa, es solo entre los doctos y solo bajo su aspecto literario ó filosófico cuando por escrito han de presentarlos al público. Entónces suele hacerse sobre ellos un acto reflejo, y no siempre, pues con frecuencia se emiten inconsideradamente. Desde que el cristianismo iluminó al mundo con su luz bienhechora tambien los examinan bajo su aspecto moral los que desean cumplir la ley divina. De aquí resulta un bien inmenso á la mente del hombre, que se apropia la legislacion de Dios para su feliz ordenamiento, evitando las principales causas de su mal-estar, teniendo á raya los que son

incentivo ó producto de venenosas pasiones. Mas como las leyes divinas y eclesiásticas se dirigen principalmente á santificar el alma, que despues ha de coronarse de gloria eterna, aunque bien observadas harian en la vida presente nuestra felicidad, del mismo modo que constituyen la del pensamiento que está lleno de Dios y de sus santas verdades fecundísimas en vivificantes consuelos, tanto por nuestra inobservancia, como porque no es su objeto directo el labrar nuestra dicha aquí abajo; necesitamos valernos como de auxiliares de otros arbitrios humanos, en cuya especulacion he querido emplearme, arrojándome por caminos acaso nunca pisados en pos de la felicidad de que hablo, intentando reunir los materiales de una nueva ciencia. Doy el primer paso; si caigo, si no acierto, no digo que reclamo indulgencia, porque no sé si la merezco, ó si la han de usar conmigo; pero constituyéndome en censor de mi obra, desde luego la miro con ojos compasivos y con cierta generosidad poco exigente, considerándola como un ensayo, alabando la intencion, y perdonando varias faltas.

CAPÍTULO IV.

Se prueba que el hombre tiene dominio sobre su pensamiento.

Antes de poner las primeras piedras de mi novel edificio, debo allanar el terreno, desvaneciendo una objecion que pudiera hacerse contra mi propósito. Se dirá que es vano empeño sujetar á una especie de ordenanza militar el pensamiento, que como inquieta mariposa va volando y revolando de flor en flor, no pára, ni sosiega, y anda en derredor de la lumbre hasta abrasarse. Y responderé que no es mi intento esclavizarlo, ni tiranizarlo, sino por el contrario preservarlo de las cadenas afflictivas que él mismo suele ponerse.

Ni semejante pretension es vana, pues nuestra voluntad gobierna al pensamiento con mas ó menos facilidad siempre que lo pretende. Así el comerciante que quiere hacer el balance del año, aunque le bullan en la cabeza otras ideas distintas, las despide todas, y su mente se fija solo en el balance mientras la mano escribe y los ojos leen. Los jueces en

los tribunales cuando hablan los abogados ó el relator de la causa, solo piensan en esta. Al moribundo aterra la idea de la eternidad en que va á entrar, angustia el dolor de separarse de cuanto amaba en la vida que se le acaba; pero al dictar con apagada voz su testamento, solo en esto se clava su mente, reconcentrando solo en esto su memoria y su entendimiento, ó si le distrae alguna otra idea, la desecha porque le urge concluir su testamento. Entra en el templo el buen cristiano, y deja á sus puertas todos los pensamientos profanos ó mundanales. Mil cuidados se agitan en el pecho de la piadosa matrona; se pone á hablar con Dios en la oracion, y hace que en aquel instante desaparezca de su mente todo lo que no es objeto de su fervorosa contemplacion. El que escribe una obra, en los ratos que á ella dedica, cierra las puertas de su mente á cuanto pueda disiparle, y se embebe tan solo en su materia favorita.

Y aun hay mas: en todos los ángulos del orbe católico infinitas personas resueltas á no mancillar su conciencia ejercen sobre sus pensamientos un dominio gubernativo, puesto que por no faltar á los preceptos de su Dios re-

chazan con energía todas las ideas pecaminosas que se les presentan y á las cuales dan el nombre de tentaciones. Pugnan ellas por entrar, y las almas virtuosas las repelen mil veces, si mil veces se ven acometidas por ellas. Pudiera decirse que esta lucha pasa únicamente en las fronteras del reino intelectual, pues no logran introducirse en él, ó lo que es lo mismo, no se les permite tomar asiento. Luego hay un órden, una disciplina, una regla para los combates, una ley que se observa en millones de entendimientos católicos. Pero el que manda en ellos no es un gobierno que está siempre en guerra. Si algunas veces combate por alejar un mal pensamiento, con mas frecuencia lo consigue sin violencia, ni acritud, ni esfuerzo. El enemigo se retira á la primera y pacífica intimacion; ó se le desprecia cuando se pone delante, y él huye avergonzado porque no se le hace caso. Esto se verifica en todos los instantes del dia y de la noche con respecto á los pensamientos prohibidos por su inmoralidad donde quiera que haya cristianos verdaderos. Por consiguiente es factible, como la experiencia lo demuestra, dar y cumplir algunas leyes, cuyo objeto sea

promover y conservar la posible felicidad del pensamiento.

CAPÍTULO V.

República de la mente. Sus diversos ciudadanos. Incompatibilidad en el mando. El pensamiento ministro universal. En qué consiste el buen orden de toda sociedad. Código penal para los malos ciudadanos de la mente.

La mente humana es una república compuesta de toda clase de ciudadanos, á los cuales nosotros llamamos pensamientos: créense todos con igual derecho á dominar; aunque son de muy diversos procederes y condiciones. Unos son nobles, francos y de leal conducta; otros virtuosos, edificantes y sobremanera bienhechores; estos son bellos, plácidos y amables; aquellos graciosos, festivos y risueños. Si todos estos que, cada cual por su estilo, pudieran ser comprendidos bajo la denominacion de buenos, adquieren preponderancia en la república y ocupan los principales destinos, ¿no estará

bien gobernada, no gozará de la posible felicidad? Pero hay otros inquietos, alborotadores, impetuosos como un remolino; los hay soberbios, ambiciosos, iracundos como Luzbel; los hay desagradables, horrendos y atormetadores como el infierno; los hay feos como una vieja que desde niña fué fea; los hay tétricos, oscuros y fúnebres como un cementerio á media noche. Si tales ciudadanos llevan el timon de la nave, ya se deja entender que el cielo se cubrirá de negras nubes, que el mar levantará sus encrespadas olas hasta las estrellas, que los vientos se desencadenarán furiosos, soplando con muy ruda violencia, y que el bajel zozobrará y estará siempre á punto de naufragar.

Así es: los malos pensamientos son tan crueles y funestos que muchas veces como término de su desoladora tempestad aconsejan el suicidio, y por desgracia en estos tiempos en que tantos se han desasido del áncora salvadora de la religion, se sigue el ruinoso consejo con frecuente escándalo de la sociedad. No he hablado de este horroroso extremo sino para indicar por sus frutos la naturaleza del árbol, que los da tan opimos. Si nuestra mente